

pero tendrían que fijarse muy bien sus límites: La toma de decisiones desde plataformas internacionales como la ONU, no por la voluntad de un solo país, y el respeto de la población civil. En la práctica estas limitaciones nunca se cumplen en los conflictos armados.

Termina L Boff su libro con una recapitulación, en donde se puede subrayar:

- Una afirmación: La urgencia de creer que la fuerza del bien se irradia a la manera del «efecto mariposa»: gestos pequeños pueden ocasionar cambios importantes.
- ...Y una convicción «la felicidad de unos no puede estar construida sobre la infelicidad de los otros».—TOÑA MONZÓN.

## TEOLOGÍA ESPIRITUAL

ALBURQUERQUE, ANTONIO, *Diego Laínez primer biógrafo de San Ignacio* (Colección Manresa 33, Mensajero / Sal Terrae, Bilbao / Santander 2005), 247p., ISBN: 84-271-2664-6 / 84-293-1583-7.

Uno de los principales objetivos de la prestigiosa colección *Manresa*, formulado ya desde sus inicios en el año 91, es difundir los principales documentos sobre el origen y el desarrollo de la primera Compañía de Jesús (CJ) («Textos Fundamentales de la espiritualidad ignaciana, Historia de la espiritualidad ignaciana»), con el fin de ayudarnos a conocer las raíces inspiradoras de lo que la CJ sigue siendo hoy. Se entiende así que la Colección haya comenzado su andadura con tres libros dedicados a los *Ejercicios* (nº1), la *Autobiografía* (nº2) y el *Diario espiritual* (nº3). A estos tres siguieron otros de carácter histórico-espiritual como *El Memorial de Cámara* (nº7), las *Constituciones de la CJ* (nº12), *El Diario de San Francisco de Borja* (nº17), *El Memorial de Pedro Fabro* (nº21), *La Defensa de los Ejercicios de F. Suárez* (nº29) o una *selección de escritos de Pedro Canisio* (nº31).

El libro que hoy presentamos se enmarca en esta línea del «hacer memoria de tanto bien recibido», desde los mismos orígenes de nuestra institución. Vaya por delante la expresión de nuestro contento y nuestro cordial agradecimiento al Autor y al Consejo de la colección *Manresa* por poner a nuestra disposición tan interesante y precioso como oculto y desconocido documento lainiano e ignaciano.

Antonio Alburquerque es conocido en los círculos ignacianos tanto por su tarea fecunda de «dar», los ejercicios, como por su faceta de estudioso y divulgador de la espiritualidad ignaciana. De entre las varias calas que viene realizando en el mundo ignaciano, más frecuentemente desde 1990, destacan sus dos artículos «Fabro tuvo el primer lugar en dar los Ejercicios» (I y II) *Manresa* 65 (1993) 325-348 y 64 (1994) 67-86, que tal vez le animaron a profundizar en la figura del beato saboyano (Villaret 1506-Roma 1546) cuyo V centenario estamos ya próximos a celebrar. Fruto de tal pro-

fundización fue el libro ya mencionado arriba *En el corazón de la Reforma. Recuerdos espirituales del beato Pedro Fabro* (2000) en esta misma colección *Manresa* en el que presenta preciosamente el *Memorial* de Fabro [recensión de F. Arrondo en *Manresa* 72 (2000) 91-94]. Ahí nos descubre la interioridad y la mística de este co-fundador de la CJ hasta entonces injustamente desconocido y de no fácil acceso en lengua castellana. La curiosidad investigadora de Alburquerque nos ofreció también una erudita nota sobre «Un ejemplar de la 1ª edición de la “Vulgata” de los *Ejercicios* (1548) en Villagarcía de Campos» [*Manresa* 68 (1996), 197-207].

Ahora, y tras varios años de trabajo sobre la figura de Diego Laínez, S.J. (Almazán 1512-Roma 1565) Alburquerque nos presenta un breve texto de fundamental importancia para conocer a Ignacio y parte de su obra desde la mirada y el sentir de un testigo primero: la llamada *Epístola de D. Laínez a J.A. Polanco*, concluida en Bolonia, el 16 de junio de 1547 (MHSI, FN I, 54-145, edición bilingüe latín y castellano). Al dirigirse a Laínez, Polanco buscaba algo más que un testimonio «de oídas». Hemos de recordar que mientras que el grupo de los «Maestros de París» esperaban la salida del barco para ir a Jerusalén, deciden dispersarse «por el Véneto»; Ignacio forma terna con Fabro y con Laínez para ir a Vicenza —julio 1537— [Au 94] y poco más tarde con estos dos mismos entraría en Roma a mediados de noviembre tras haber recibido la «visión de la Storta» [Au 97]; conversación y kilómetros compartidos irían tejiendo entre los tres la sincera amistad, el mutuo conocimiento y el innegable aprecio que les unió. Laínez conocía bien, como muy pocos, a Ignacio, de ahí el valor documental del texto que hoy presentamos.

«No conservamos las cartas del secretario», comenta Alburquerque (119); efectivamente, desde marzo de 1547 sólo tenemos una carta de Ignacio a Laínez, entonces en Trento (*Epp* I, 479), otra dirigida a Laínez o Salmerón (*Ibid.*, 484) y una larga de Polanco del 21 de mayo (*Ibid.*, 519-526) en la que el fiel Secretario incluye un delicado recordatorio al de Almazán: «El *summario* prometido para quando afloxen las occupationes, que por el común bien se toman, esperaré con deseo, y en él recibiré mucha charidad» (520). No tenemos el «acuso de recibo» de Laínez; ciertamente no pudo haberla recibido como dice Alburquerque (122) el mismo día 16 de junio, pues es el día que Laínez la fecha en Bolonia (FN I, 144). En el breve «resguardo» de octubre de 1547 sólo se indica que Laínez «venga a Florencia a predicar el adviento» (*Ibid.*, 598), sin más noticias de nuestra carta. Tampoco disponemos del original manuscrito (“Epístola originalis... nunc deperdita est», FN I, 55; Alburquerque 121). Es probable que Laínez hubiera dictado a Salmerón, quien por aquellas fechas se encontraba también en Bolonia asistiendo al Concilio. La mediación de su buen amigo toledano aportaba sin duda una caligrafía más agradable y evitaba la «atrabiliaria caligrafía del jesuita de Almazán» (Alburquerque, 121). Polanco acertó al contactar con Laínez: éste recordaba mucho más de lo que cabría esperar: «En quanto la memoria nos sirviere» son sus primeras palabras (FN I, 70). Laínez transmite mucha información, tanto de los datos «externos» de la peregrinación de Ignacio como de su mundo y mociones internas. Este documento es muestra de lo mucho e intenso que Ignacio y Laínez tuvieron que *conversar* desde que se conocieron en las aulas de París. Sin todavía las primeras notas manuscritas de la después (¿erróneamente?) llamada *Autobiografía*, la única fuente de Laínez para la redacción de su texto tuvo que ser la transmisión oral de Ignacio desde sus primeros encuentros en 1528 o sus conversaciones sobre Ignacio con

los otros compañeros, Fabro de manera especial. Esta epístola revela que Ignacio habló más de sí mismo y tal vez era menos reservado de lo que normalmente hemos venido pensando.

Laínez conoció el origen del discernimiento durante la convalecencia en Loyola (134-136) y nos ofrece otras posibles interpretaciones de la evolución de Ignacio con relación a su mundo interno afectivo-sexual diferentes a la aparición de «Nuestra Señora» de *Autobiografía* [10] (137, prf. 5): esta experiencia en la que «vido claramente a Nuestra Señora con el santo Niño Jesús» ¿no se la habría contado Ignacio, como le contó la ilustración del Cardoner, por ejemplo? Laínez recuerda fechas y tiempos (139), comenta las austeridades y penitencias, la confesión general de Ignacio, sigue sus pasos de memoria (Barcelona, Roma, Padua, Venecia, Jerusalén, Francia, Barcelona, Alcalá y Salamanca con sus respectivos procesos, París y no pocos nombres de personas) después de haberse separado de Ignacio, al menos, siete años antes, en 1539.

La autoridad de la *Epístola* fue reconocida tempranamente. En testimonio de Nadal era «común a todos» (*MonNad* III, 365); el escrito se presenta al papa Paulo V como documentación para la canonización de Ignacio de Loyola. Más recientemente Calveras y Dalmases reconocen el documento como «la primera *Vida* de San Ignacio, escrita nueve años antes de la muerte del Fundador y casi seis años antes de que Ignacio dictase al P. Câmara la *Autobiografía*» (*FN* I, 67, todo en Alburquerque, 120). En nuestra opinión Laínez va más allá de una *biografía* de Ignacio según lo que cuenta en las primeras líneas y se propone hablar con Polanco de una persona, pero también de una Compañía: «lo que toca a las cosas de N. P. Mtro. Ignacio» por una parte y «lo demás que toca a los principios de la Compañía» (*FN* I, 70; Alburquerque, 124-125). Así, a partir de la marcha de Ignacio a España (abril 1535) Laínez comienza una nueva parte en su relato; centra su atención en la vida del *grupo* y el sujeto gramatical empieza a ser un nosotros: «salimos, confirmamos, hicimos, nos ayudó...»; es curioso: Laínez nunca se cita a sí mismo en primera persona, siempre en tercera-impersonal («Laínez») y guarda silencio absoluto en lo que respecta a la visita de Ignacio a sus padres en Almazán (agosto-septiembre 1535 *FN* I, 104; Alburquerque 183; *Au* [90]). Curiosamente en el párrafo 56 (208) vuelve de nuevo a Ignacio: «Del P. Maestro Ignacio, que me había olvidado...» y ofrece un breve retrato psico-espiritual en el que destaca alguna de sus virtudes para concluir su epístola con una larga cita de una carta de Pedro Fabro (211-212), a quien tenía en enorme estima.

La edición de Alburquerque viene precedida por una larga introducción (11-123) de dos parte de muy desigual extensión. La primera es una estricta biografía de Diego Laínez (11-118): empieza con «Nació» (11) y se cierra con «Falleció»; está muy bien documentada y a nuestro juicio acertadamente narrada, en la que el autor va siguiendo minuciosamente al andariego jesuita, teólogo, apóstol, amigo y hombre de gobierno. Tal vez se hubiera enriquecido un poco la biografía con unas breves líneas pictóricas iniciales sobre el contexto inmortalizado por Machado y un epílogo valorativo sobre la figura y la repercusión de Laínez para la Compañía de Jesús y su posible actualidad hoy; el breve párrafo final de la p.118 sabe a poco después del amplio desarrollo de carácter histórico tan erudito. En abundantes notas a pie de página —hasta 456— Alburquerque dialoga con los principales biógrafos de Laínez (F. Cereceda, M. Scadutto, P. Tacchi Venturi), amplifica el texto con riquísimas referencias a personajes y situaciones de la época y va ofreciendo numerosas referencias a las fuentes,

de manera especial a las cartas ya sea de *Monumenta Lainii*, M. Salmeronis, M. Bobadilla, o las cartas de Ignacio... que le dan al escrito un aire auténtico y espontáneo.

La segunda parte (119-123) queda un poco oscurecida frente a la magnitud de la primera. En mi opinión se podría haber desarrollado un poco más y ofrecer al público general con mayor detenimiento aspectos desconocidos, tales como un breve resumen de la abundante información sobre la «traditio manuscripta» que C. de Dalmaes ofrece en FN I, 55-67 (*Manuscripta antiqua hispana, versiones latinae* y la *versio itala*), así como ofrecer algún comentario sobre la posible influencia de la *Epístola* en la *Autobiografía*, destacar algunos rasgos del estilo de Laínez o subrayar algunos de sus intereses particulares, incluidos sus silencios, como el llamativo de la experiencia fundante de la Storta recogido en [Au 96-97]. ¿Qué pasó con este punto? Curiosamente en los números citados de la *Autobiografía*, Ignacio afirma que «Todo lo que decía Láinez [sobre la visión de la Storta] era verdad porque él [Ignacio] no se acordaba tan detalladamente». Laínez sí recordará y comentará ampliamente esta visión en las *Adhortationes* o pláticas a los Jesuitas de Roma doce años después, julio 1559 (FN II, 133) y vinculará muy estrechamente esta experiencia con el nombre de «Compañía de Jesús» para el nuevo grupo en la Iglesia. Sin posible explicación, guarda silencio en su epístola a Polanco.

Se echa de menos también un breve «estado de la cuestión» sobre la *Epístola* hoy, texto al que recurren con cierta frecuencia obras ya clásicas como la de F. Schurhammer en su primer volumen de su *Francisco Javier. Su vida y su tiempo* (Pamplona 1992) o la del mismo R. G<sup>a</sup> Villoslada en *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía* (Madrid 1986). Tal vez, mención especial habría merecido la cuidada edición italiana de Robert Maryks (*Appunti di Spiritualità*, CIS Napoli 1996) por ser, creemos, la única edición precedente contemporánea, a excepción, claro, de la que ofrece MHSI, con un estupendo aparato crítico en el que el editor polaco-italiano hace una valiosa lectura en paralelo de las diferentes fuentes que pueden iluminar el texto de Laínez (Bobadilla, Ribadeneira, Rodríguez, Polanco...). Creo que la investigación histórica habrá de recurrir con más frecuencia a estos testigos para leer más crítica y lúcida-mente la primera infancia de la Compañía. La sombra de la *Autobiografía* es en verdad larga y duradera.

Alburquerque presenta la *Epístola* de Laínez en paralelo con otro texto similar en extensión y estructura, tal vez un poco más formal y también, por desgracia, muy desconocido *Summarium Hispanicum* de J. A. de Polanco, pocos meses posterior (1548-1549); recibe el nombre de «*Hispanicum*» porque poco después (1549-1551) el mismo Polanco escribiría el *Summarium Italicum* (FN I, 261-298). Los dos textos, de Polanco y Laínez son afines: casi contemporáneos, sobre el mismo tema y escritos por dos jesuitas —ambos castellanos— muy próximos a Ignacio. La doble columna permite comprobar cómo Polanco amplifica casi siempre el texto, bien porque es más narrativo y formal en su estilo que Laínez (que escribe más rápida y espontáneamente) o bien porque Polanco tiene más información en la curia Romana que le llega del férreo y eficaz sistema epistolar por él creado y alentado con rigor (*Epp* I, 542-562). Algunas cosas no coinciden, como no podía ser de otra manera, exactamente a la misma altura de la página, y alguna otra vez, pocas, Polanco opta por suprimir, como la referencia a la «gravedad de los pecados» de Ignacio (p.141) que Laínez comenta al comienzo de su narración: ¿pudor, respeto?

Por otra parte, se dedica poco más de una página (122) a J. Alfonso de Polanco y a su *Summarium Hispanicum*, que aparece como un texto auxiliar al de Laínez. En nuestra opinión, una muy breve aproximación a un autor y una obra cuyo valor y repercusión en la Compañía naciente están todavía por descubrir y valorar. La escasas tres columnas que dedica el *DHCJ* (IV), 3168-3169 a Polanco, son a todas luces insuficientes. Hablando del Secretario, notamos en el texto de Alburquerque una errata en la fecha de su nacimiento: ha de decir «1517» y no «1527» (p.121). Ojalá haya ocasión en otro libro de esta prestigiosa colección para presentar con detenimiento a tan enorme e insigne burgalés. Comprendemos que, por ahora, no había tiempo para más.

Otros breves aspectos formales de la edición, merecen un sencillo comentario. Se echa de menos tanto en las referencias bibliográficas en texto como en la bibliografía final el uso de la *cursiva* que ayude a distinguir e identificar con mayor claridad lo que corresponde al título del libro o de la revista que se cita.

Creo que sería conveniente, ya dentro del texto, distinguir lo que es texto añadido por los *editores*, del texto del *autor* del documento; al carecer de esta distinción el libro invita a atribuir a Laínez lo que es texto de la edición de Dalmases en *FN*, como los breves sumarios que encabezan los capítulos de la epístola (124, 149, 159, 184-185, 200, 207); notamos además, que en el primer sumario (124) faltan seis puntos y medio que tal vez se olvidaron por aparecer en la siguiente página de la edición de *FN* (70); la edición de Alburquerque termina así: «9. Y otra más grave.», pero el texto latino de *FN* I, 70-71 dice: «Aliam graviorem / [71] tentationem eiusdem generis superat»; si no se quiere cambiar el tipo de letra, puede optarse por introducir el texto añadido entre paréntesis cuadrados [ ], muy frecuente en ediciones críticas.

Además la nota 11 (124) hace referencia equivocada a los textos latino y castellano de la edición de MHSI; el texto español aparece en las páginas pares y el latino en las impares y no al revés, como se dice en dicha nota.

La bibliografía final (241-244) es muy completa; las fechas de las obras más significativas sobre Laínez (muchas de ellas de los años 50) hablan de la necesidad que teníamos de un trabajo sobre su figura y su obra. Hay, por otra parte, abreviaturas que no siempre se utilizan como la de *Chronicon* (*Chron.*) en p.29 n.77, p.36 n.101. Alguna otra vez se utiliza alguna abreviatura que no aparece en la lista inicial (p.9-10) como *GL* 87, n. 336, para aludir a *Giacomo Laínez*.

En fin, seguimos pensando que libros de calidad como éste están pidiendo un «índice de nombres» al final, siempre de lenta y pesada elaboración pero de gran utilidad para lectores e investigadores que puedan acudir a la obra en busca de información más puntual y concreta; sentimos su ausencia.

Reconociendo que estos detalles formales no oscurecen en absoluto el brillo del libro, Alburquerque ha puesto al alcance de todos un documento tan importante como olvidado; ha vuelto con competencia, erudición y amena narración sobre uno de los primeros jesuitas, cercano como pocos a Ignacio y segundo General de la Compañía (2 de julio de 1558-1576), a quien tendremos que volver no en mucho tiempo ante el horizonte de su V Centenario (2012); el Autor nos ha ofrecido también una época de intensa «vida» en la naciente Compañía donde todavía permanecen abiertas muchas facetas, época en la que grupo ha de trabajar por consolidar y mantener su identidad: la aprobación de las *Constituciones*, clarificar con Paulo IV el tema del coro y del carác-

ter vitalicio del General, la recepción de las conclusiones de un Concilio como Trento... y en medio el R.P. Diego Laínez.

Albuquerque ha contribuido a ir sacando del celemin las ricas personalidades y valiosas aportaciones de los «Primeros Jesuitas» para que puedan seguir iluminándonos; esperamos que en lo posible la Colección *Manresa* continúe ofreciéndonos esta riqueza histórica y carismática. Reiteramos nuestro agradecimiento a Antonio Albuquerque por acercarnos a Laínez, tan amena y competentemente, en este nuevo libro que sin duda viene a enriquecer los ya 33 títulos de la Colección *Manresa*.—JOSÉ GARCÍA DE CASTRO, S.J.

SAMPAIO COSTA, ALFREDO, S.J., *Los tiempos de elección en los directorios de Ejercicios* (traducido por María Rosa Carbonell de la Fuente, Colección *Manresa* 32, Mensajero / Sal Terrae, Bilbao / Santander 2004), 335p., ISBN: 84-271-2625-5

El ejercitante que se plantea cuál es la voluntad de Dios para su vida aprende a distinguir tres «tiempos» para decidirse por ella. Por orden de certeza, Ignacio enseña que el ejercitante hará una elección tanto más fundamentada en la certeza de la Voluntad de Dios según sienta que Dios mismo se la manifiesta inmediatamente (Primer Tiempo), se la indique especialmente a través de las «mociones» o movimientos afectivo-espirituales (Segundo Tiempo) o, especialmente, le permita alcanzar a comprenderla a través del análisis del discurso de los pensamientos (Tercer Tiempo). Complementario con lo anterior, Ignacio concibe la tarea del ejercitador: cuanto menos fehaciente sea la presencia de Dios en este proceso de elección, tanto más convendrá que el ejercitador esté avezado para acompañar el proceso. Es probable que durante muchos años Ignacio hubiese preferido concentrar la atención del ejercitador sobre el Segundo Tiempo de Elección. Muerto Ignacio, los directores de ejercicios habrían optado por desplazar su confianza preferentemente hacia el Tercer Tiempo de Elección. Al menos, así parece reflejarlo el análisis de los *directorios*.

Los *Directorios* constituyen un género literario propio. Los *directorios* son «manuales», «guías» prácticas escritas para ayudar a los ejercitadores. Los primeros directorios aparecieron espontáneamente, durante la vida de Ignacio. Tras morir éste, sin embargo, una segunda generación de directorios buscó mayor uniformidad de procedimientos y para ello estableció un *Directorio* «oficial» que, por supuesto, tuvo en cuenta aquellos anteriores, todavía en uso, que se fundamentaban en la práctica de Ignacio y en la experiencia de los ejercitadores.

*Los tiempos de elección* traduce al español una tesis doctoral defendida recientemente en el Instituto de Espiritualidad de la Universidad Gregoriana, a la que el autor, A. Sampaio Costa, S.J., se ha incorporado como profesor inmediatamente después de defenderla. Actualmente, el a. imparte un seminario sobre el Discernimiento y enseñar la metodología de la Teología Espiritual entre otros cursos.

El a. ha estructurado su libro en tres partes. La Parte I incluye dos capítulos, que presentan respectivamente, primero, los directorios en general, como respuesta a una necesidad, y, segundo, los diferentes directorios que vieron la luz entre 1573-1591. La